

LA INDEPENDENCIA CUBANA Y EL ACCIONAR DE ESTADOS UNIDOS

Ramona del Valle Herrera

Introducción

Cuba, "la perla de las Antillas" fue la última colonia española en América. Su independencia, lograda hace casi un siglo, fue la culminación de largos años de negociaciones y de lucha armada entre cubanos y españoles. Cuando por fin la obtuvieron, fue para pasar a ser un protectorado norteamericano.

Para llevar a cabo esta sencilla contribución al estudio de la historia de América en vísperas de cumplirse cien años de la guerra del 98, hemos querido utilizar los comentarios periodísticos de dos importantes diarios de nuestra patria: La Nación, de Buenos Aires, y el diario Los Andes de nuestro medio.

Ambos matutinos publicaban diariamente las noticias de la guerra que se desarrollaba en Cuba y que les llegaban a

través de las agencias noticiosas de la época. De ese modo no sólo hacían jugosos comentarios en sus editoriales, sobre tal acontecimiento, sino también transcripciones de lo que los principales periódicos del mundo informaban a sus lectores sobre tal suceso. También nos pareció de gran interés incorporar algunas noticias que la Ilustración Artística, de Barcelona publicaba en los comienzos de la lucha y antes de que los Estados Unidos intervinieran.

Podemos así seguir el curso de los acontecimientos en el momento mismo de los hechos y comprobar cuáles fueron los verdaderos motivos que llevaron a que la gran nación del norte intervinieran en los asuntos de Cuba.

Intentos de anexión

Durante largos años, los Estados Unidos miraron con gran interés a Cuba, convencidos de que ella debía formar parte de sus dominios, ya que razones estratégicas así lo exigían. Ya en tiempos de Jefferson (1808), hubo un intento de compra que España naturalmente rechazó.

Ante la negativa española, los Estados Unidos decidieron esperar, pues era preferible que siguiera en poder de España, antes de que cayera en manos de una nación más poderosa.

Después de la guerra con México que tanto éxito les brindó, aumentaron las ansias expansionistas de sus políticos. Los sueños, por ejemplo, deseaban crear un gran imperio militar en la zona del Caribe, cuya base sería la riqueza proveniente del azúcar y del algodón, merced a la mano de obra esclava. Acorde con ese espíritu anexionista, John O'Sullivan escribió su artículo sobre el "destino manifiesto" que le estaba reservado a su país.

A fines de la década de 1847, ese sentimiento se fue

extendiendo y el *New York Sun* publicaba, el 23 de julio lo siguiente:

"Cuba, por posición geográfica, por necesidad, por derecho... debe ser nuestra... danos Cuba y nuestras posiciones serán completas"¹.

Aunque las autoridades norteamericanas se mantenían en una actitud aparentemente prudente, no desestimaban tales posibilidades. En mayo de 1848, el secretario de Estado del gobierno de Polk, James Buchanan, dio instrucciones al embajador norteamericano en Madrid, para que ofreciera al gobierno español 100 millones de dólares por la isla.

Aunque nunca abandonaron sus deseos de anexión, los problemas internos, derivados de la división existente entre estados esclavistas y abolicionistas postergaron su accionar. Además antes debían arreglar posibles complicaciones con la Gran Bretaña, pues ambas naciones tenían fuertes intereses en el Caribe. Así se llegó al Tratado Clayton- Bulwer de junio de 1850, dirigido a evitar que una cualquiera de las dos naciones anglosajonas sacara ventajas en detrimento de la otra.

Llegado Franklin Pierce al gobierno, nombró embajador en España al sureño Pierre Soulé, decidido expansionista, quien no trepidaría en cumplir fielmente las instrucciones recibidas que le permitieran obtener los frutos largamente deseados. Ahora España recibiría, si aceptaba la oferta, 130 millones de dólares a cambio de Cuba.

Se instruyó a los embajadores norteamericanos en Londres y París, para que se reunieran con Soulé a fin de ver de qué manera se podía hacer la negociación con España. Reunidos los tres en Ostende, Buchanan, embajador en Londres, sostuvo que la política hacia Cuba debía ser de compra, acompañada de amenazas. Además debía ofrecer 120 millones en vez de los 130 que se había dicho a Soulé.

Todo ello fue publicado por el *New York Herald*, lo que

causó un verdadero escándalo diplomático, por lo que el Secretario de Estado aconsejó a Soulé asegurar a España que si se negaba a vender Cuba, los Estados Unidos no se apoderarían de ella.

Si bien el Manifiesto de Ostende, como se llamó, careció de éxito, uno de los embajadores que participó en él, poco después sería presidente de los Estados Unidos: James Buchanan. Una vez más se intentó la compra, para lo cual se contó con el apoyo del banquero Christofer Falcon, de Filadelfia y consejero de la reina María Cristina. Este aconsejó ofrecer 400 millones de dólares.

Mientras el "viejo imperio español" languidecía, la isla de Cuba prosperaba en base a dos productos de gran importancia: el café y el azúcar, sobre todo éste último. Ambas producciones se hallaban asentadas en la mano de obra esclava.

El tráfico de esclavos había sido prohibido desde 1808, ya que la otrora adalid del comercio humano, Inglaterra, se había transformado ahora en la mayor defensora de la abolición de dicho tráfico. A partir de 1820, España aceptó, por presión inglesa, la prohibición de la trata de negros, pero la introducción de esclavos a sus posesiones americanas se hacía vía contrabando.

De ese modo, los comerciantes de esclavos, enriquecidos, invertían sus ganancias en las plantaciones de azúcar. Los funcionarios enviados por España para regir los destinos de la isla se hallaban plenamente ligados a ese comercio y amasaban grandes fortunas, que les permitía, luego, volver a la metrópoli y ocupar allí importantes posesiones.

Por otro lado, aquellos cubanos que habían alcanzado gran riqueza, no estaban dispuestos a perder esa mano de obra tan necesaria para sus fines. Por esa razón, algunos de ellos empezaron a ver la posibilidad de lograr su anexión a los Estados Unidos, donde todavía existía la esclavitud en los

estados del sur.

Ese sector, encabezado por Carlos Nuñez del Castillo, director de la Caja de Ahorro de la Habana, fundó el Club de la Habana, cuyo objetivo fundamental era mantener la esclavitud en la isla, para lo cual no dudaron en propiciar la anexión. Si bien no eran los más numerosos, recibió una rápida y positiva respuesta del país del norte, por su conexión con él.

Se hallaban muy conectados a los Estados Unidos, donde varios de ellos se habían educado. Además los lazos comerciales con dicho país eran cada vez más fuertes, pues el comercio era mayor que con España. Por otro lado, los adelantos técnicos para la producción azucarera se habían logrado con maquinaria y técnica norteamericana.

Así las cosas, en 1861, estalló la guerra civil en los Estados Unidos, lo que obligó a postergar cualquier medida con respecto a Cuba. Durante la guerra, los sureños, optimistas en cuanto al resultado, siguieron buscando la forma de anexarla.

En Cuba, en cambio, el anexionismo quedó reducido a la mínima expresión. Pero ahora empezó a cobrar importancia el llamado grupo reformista, que aspiraba a lograr de España reformas suficientes como para poder controlar el gobierno de la isla. Se fundó el Club Reformista de la Habana que propiciaba para la colonia los mismos derechos políticos que tenía la metrópoli, o sea, representantes en las cortes.

Para ello entablaron negociaciones con los gobernantes españoles en la isla. Eran concientes de que una de las primeras medidas a tomar debía ser la abolición de la esclavitud, máxime cuando en el país del norte, Lincoln había proclamado el fin del sistema. También buscaban reformas en los aranceles a fin de estimular el comercio con los Estados Unidos.

La prohibición de traficar con esclavos había elevado considerablemente el precio de los mismos, por lo cual los pequeños hacendados tenían graves problemas económicos.

No era lo mismo la situación de los grandes hacendados que cada vez obtenían mayores ganancias. Sin embargo, comenzaban a surgir problemas con los esclavos, pues en la década de 1860 se produjeron huelgas de los mismos, pidiendo su manumisión y por ende el pago de un salario por su trabajo.

Todo ello, llevó al gobierno español a tomar algunas medidas que evitaran mayores inconvenientes. Así, en 1865, se autorizó la formación de una comisión de cubanos que viajaría a España a fin de iniciar conversaciones sobre la situación política de la isla. El autor de esta iniciativa fue una figura que comenzaba a tener gran importancia en la península: Cánovas del Castillo, ministro de Ultramar. Efectuada las elecciones en marzo de 1866, los electos eran todos del grupo reformista, entre ellos, José Antonio Saco, conocido por sus ideas favorable a las reformas.

Cuando los cubanos llegaron a Madrid, se encontraron ante una gran crisis en el gobierno español que provocó la caída del gobierno del general O'Donnell y la consiguiente salida de Cánovas del Castillo de su puesto. Por otro lado, las Cortes dictaron una ley prohibiendo en forma definitiva el tráfico de esclavos.

Pese a todas las expectativas, cubanos y portorriqueños nada lograron. Todo se había quedado reducido a simples declaraciones. ¿Qué quedaba por hacer? ¿Rebelarse? Esto podría ser grave y así lo vieron los reformistas, pues España podría emancipar a los esclavos, con lo que asestaría un duro golpe a los grandes propietarios.

La guerra del 68

En la zona este de la isla, los pequeños hacendados se hallaban cada vez más descontentos y empobrecidos. Ellos sí

que estaban dispuestos a luchar por la abolición de la esclavitud y a lanzarse a la rebelión.

Empezaron a organizarse en centros o sociedades revolucionarias que se preparaban abiertamente para la lucha. Carlos Manuel Céspedes, dueño de una pequeña plantación de azúcar, cerca de Yara en la provincia de Bayamo, conocida como la Demajagua se constituyó en el jefe de los revolucionarios.

España, en ese momento, atravesaba una de las situaciones más graves de su vida política. Una revolución había acabado con el reinado de Isabel II, quien debió salir de España. El gobierno ahora lo presidía el general Serrano. Esto será aprovechado por los cubanos que iniciarán el levantamiento contra España: Céspedes liberó a sus esclavos y los incorporó a un pequeño ejército de algo más de un centenar de hombres con los que se lanzó a la lucha desde su plantación de La Demajagua. Esto es lo que se conoce como "el grito de Yara"(10-10-1868).

"Sólo queremos ser libres e iguales, como quiso el Creador que fuera la humanidad...Deseamos la emancipación gradual e indemnizada de los esclavos", decía en su proclama.²

La rebelión comenzó, como ya dijimos, en el este de Cuba y al principio los revolucionarios eran todos de raza blanca, pero pronto se les unieron gente de color, en especial mulatos, entre los cuales descollará Antonio Maceo. La rebelión se extendió por Oriente, pero en el resto de la isla no encontró demasiado adeptos.

Ante tan grave situación, el general Serrano envió como Capitán General a Domingo Dulce, conocido por sus ideas abolicionistas. Arribó a Cuba el 4 de enero de 1869, siendo portador de un programa de reformas: libertad de prensa y de reunión, así como representación de los cubanos en las Cortes. Además ofreció amnistía a los rebeldes que depusieran las

armas antes de cuarenta días, y a continuación se propuso entablar conversaciones con Céspedes.

Todas las buenas intenciones de Dulce naufragaron a causa de la intransigencia de los voluntarios españoles, casi todos peninsulares de clase alta que nada querían saber de llegar a un arreglo con los rebeldes.

La lucha se extendía con el consiguiente desgaste de los contendientes. Los cubanos se limitaban a una guerra de guerrilla, que era la única que podían ofrecer ante un enemigo bien preparado militarmente. Por otro lado comenzaron a surgir desavenencias entre ellos, y aunque Céspedes seguía siendo el jefe nominal, los verdaderos líderes, eran el mulato Antonio Maceo, el "titán de bronce" y el dominicano Máximo Gómez.

El gobierno español ansiaba terminar con la guerra, por lo que el nuevo ministro de Ultramar, Moret, presentó un proyecto por el cual se abolía la esclavitud bajo ciertas condiciones: todos los hijos de madre esclava serían libres. El Estado compraría a todos los niños esclavos nacidos en los últimos dieciocho meses, los que serían alimentados, criados y entrenados para algún oficio hasta los 18 años, por sus antiguos amos.

A medida que la guerra se extendía, los rebeldes se debilitaban y las diferencias entre ellos aumentaban. Céspedes fue destituido como presidente de la República cubana y su lugar ocupado por Salvador Cisneros Betancour (27-10-1873). Poco después Céspedes moría a manos de las fuerzas españolas.

También en España se habían operado grandes cambios: ante el fracaso de la república, el joven Alfonso XII fue restaurado en el trono (1874), sobre todo por obra de Cánovas del Castillo. Dos años después, el general Arsenio Martínez Campos fue enviado a Cuba con grandes refuerzos, a fin de terminar con la guerra, aunque sin abandonar la voluntad de negociar.

Llegado a Cuba, proclamó una amnistía general para todos los que se rindieran, a excepción de los dirigentes. No tardaron los rebeldes en ser derrotados, por lo que Vicente García, sucesor de Cisneros Betancour, se decidió arribar a un acuerdo. Surgió así la firma de un armisticio, el del *Zanjón* (11-2-1878): amnistía general, igualdad política de Cuba y Puerto Rico, liberación de los esclavos y chinos que hubieran luchado con los rebeldes y libertad para todos los jefes que aceptasen salir de la isla.

Los insurgentes, en general, aceptaron el arreglo, no así Maceo, que exigía la independencia y abolición de la esclavitud. Martínez Campos se entrevistó con él el 16 de marzo de 1878, en Baraguá. Ante la intransigencia de Maceo, la lucha prosiguió, pero ya la suerte de la revolución estaba echada. En mayo capitularon, aceptando la paz del Zanjón. Maceo logró salir de Santiago de Cuba rumbo al exilio.

Firmada la paz, Martínez Campos reemplazó como capitán general a Joaquín Jovellar. Una vez en el cargo, inició el camino de las reformas, sosteniendo que los cubanos no debían ser tratados como ciudadanos de segunda, sino como españoles.

Estaba convencido de que las reformas eran lo único que podrían aliviar la situación de Cuba. Lo primero que debía hacerse, era la reducción de las tarifas, dado que el empobrecimiento era muy grande. Propuso una reducción de la contribución territorial en un 10% en la zona rural.

Propuso también la reducción de barreras entre Cuba y España, de modo que el café, azúcar y tabaco de la isla debía ser comprada por la metrópoli en lugar de hacerlo en Francia o Brasil. Las tierras confiscadas a los rebeldes les fueron devueltas y también se entregaron tierras a los que voluntariamente habían luchado por España. Además, convocó a una asamblea política que permitió la organización de partidos.

Lamentablemente, las propuestas de Martínez Campos afectaban los intereses de los poderosos grupos económicos de la metrópoli, por lo que fue relevado de su cargo.

Reunidas las Cortes, entre el 1 de junio y el 26 de julio de 1879, los debates estuvieron bien lejos de apoyar las iniciativas de Martínez Campos. Hubo una fuerte oposición a la abolición y más aún a la reducción de aranceles. Para colmo de males se conoció, en ese momento el nuevo levantamiento conocido como la *Guerra Chiquita*, lo que predispuso a los españoles en contra de las reformas.

De las reformas propuestas, la que fue aprobada casi sin modificaciones fue la de la abolición de la esclavitud: los esclavos serían liberados dentro de un sistema de patronazgo. Pero las del plano económico encontraron una seria oposición, y al fin se aprobó una tasa del 16% para los productos urbanos o industriales, también una reducción del 25 % en la importación de materias primas, lo que al fin beneficiaba a los productores azucareros de la península.

En cuanto a otras reformas, fue lamentable que nada se modificara con respecto a la administración y al trato diferente entre cubanos y españoles, lo que tal vez hubiera cambiado el curso de los acontecimientos. Todo ello fue producto de las disensiones internas en el gobierno de la propia España. Esto sería fatal para la península, ya que a partir de ese momento las cosas se agravaron entre cubanos y españoles.

La guerra Chiquita

Terminada la guerra y como consecuencia de la política de Martínez Campos, surgió en la isla el *Partido Liberal o Autonomista*. Se trataba de cubanos de antiguas tendencias reformistas y pertenecientes a la pequeña burguesía. Poco después se formó el partido *Unión Constitucional*, integrado por

españoles que tenían como objetivo el que Cuba siguiera formando parte de España buscando una unión aduanera con la metrópoli y arreglos comerciales con los Estados Unidos. Los dos partidos, acorde con las reformas establecidas pudieron enviar representantes a las Cortes.

Otro partido, aunque más pequeño era el *Separatista*, que contaba entre sus filas a Adolfo Sterling, editor del periódico *La Libertad* y a un joven recién vuelto del exilio, de nombre José Martí Pérez.

Los antiguos jefes rebeldes se hallaban en el exilio, en Jamaica o los Estados Unidos y desconfiaban de las promesas hechas en el tratado del Zanjón. Algunos, como Calixto García, que se hallaba en Nueva York, se prepararon para un nuevo alzamiento. Otros, como Máximo Gómez, no creían conveniente hacerlo, pues sostenían que no estaban preparados para ello, luego de la derrota sufrida.

Los conspiradores fueron denunciados a las autoridades españolas, por lo que se lanzaron a la lucha sin mayor coordinación, en el Oriente. Los generales españoles Blanco y Polavieja actuaron con eficacia y rapidez. La rebelión fue aplastada y Calixto García cayó prisionero y enviado a España. Este episodio es conocido como la "Guerra Chiquita".

Las relaciones comerciales con los Estados Unidos, eran, como ya adelantamos, mucho mayor que con España, hecho que se vió aún más favorecido, a partir de 1890, a causa de la reforma arancelaria establecida por William Mc Kinley. Los aranceles norteamericanos fueron reducidos y otros como los que se pagaban por el azúcar sin refinar y las melazas desaparecieron por completo.

España se vio obligada a firmar un acuerdo con los Estados Unidos, a fin de que se aplicase en Cuba, el arancel Mc Kinley a cambio del abandono del proteccionismo respecto a Cuba y Puerto Rico. Esto obedecía a la enmienda que imponía derechos de aduana complementarios sobre los productos

provenientes de países que no otorgaran ventajas recíprocas a los Estados Unidos. Este acuerdo rigió entre 1891 y 1894.

El arancel también abarató los precios de otros productos, como el trigo y la maquinaria importada de los Estados Unidos. De ese modo, en 1894, el país del norte recibió el 87 % del total de las exportaciones cubanas y le suministró a cambio el 38% de las importaciones. Con respecto a España el intercambio sólo alcanzaba el 6% de las exportaciones y el 35% de las importaciones.

Además de que los Estados Unidos eran el cliente mayor del azúcar cubano, la producción de la misma estaba cada vez más en manos de industriales norteamericanos, pues los productores vendían el azúcar sin refinar a grandes consorcios, como el de Henry Osborne Havemeyer: la American Sugar Refining Company. Este se transformó en un verdadero trust, al que luego se le unieron otras refinerías, como la Trinidad Sugar Company de Havemeyer y Atkins, entre otros grandes grupos.

Cuba se "independiza"

En 1885, el gobierno español otorgó una amnistía que permitió a muchos exiliados volver a su país. La vida política seguía sin grandes cambios al finalizar la década. Los dos partidos políticos predominantes, *Autonomistas* y *Unión Constitucional*, seguían siendo los que manejaban la política de la isla.

Pero, mientras el *Partido Autonomista* fue perdiendo fuerza, el de la *Unión Constitucional* se incrementaba, pues era realmente el de mayor importancia, tanto por la cantidad de adeptos, como por el hecho de que manejaba la maquinaria electoral.

Mientras en Cuba crecía el *Partido Constitucional*, en

Nueva York, un joven exiliado fundaba, en enero de 1890 la Liga de Instrucción, destinada a entrenar a revolucionarios exiliados. Era una especie de escuela de adoctrinamiento. Pronto su fama se extendió por los Estados Unidos y por otros países de América Hispana. Dos años después fundaba el *Partido Revolucionario Cubano*, en Florida.

¿Quién era este entusiasta revolucionario? Nacido en Cuba, de padre valenciano y madre canaria, por lo que parte de su infancia la pasó en España, donde su padre prestaba servicios como militar. Era José Martí Pérez.

Recibió una gran influencia de su maestro y protector, Rafael María Mendive, partidario de la independencia cubana. Aunque no participó en la Guerra de 1868, pues no tenía edad para ello, se inclinó apasionadamente por la causa de la independencia de su patria. En 1869, a los dieciséis años, fundó el periódico *Patria Libre*. Poco después Mendive fue arrestado, acusado de participar en una reunión antiespañola.

Martí, también fue arrestado por haber escrito una carta acusando a un amigo de ser partidario de España. Fue condenado a seis años de cárcel y enviado a la cantera de San Lázaro, en La Habana. Gracias a las influencias de su padre, se lo trasladó a la isla de Los Pinos y luego a España. Allí logró su libertad pero con la prohibición de volver a Cuba.

Estudió derecho en la Universidad de Madrid, luego pasó a la de Zaragoza, donde obtuvo su título de licenciado en Derecho. En 1875, luego de viajar a París se trasladó a México, donde se hallaban sus padres. Allí pasó varios años escribiendo artículos para la "Revista Universal". Con un nombre falso pudo entrar a La Habana, desde donde se trasladó a Guatemala, antes de retornar a México. Allí contrajo matrimonio con una joven cubana: Carmen Zayas Bazán.

Gracias a la amnistía promulgada en 1878 pudo volver a Cuba, donde trabajó en el bufete de un conocido Automista, Nicolás de Azcárate. Allí comenzó de nuevo sus trabajos para

la independencia , lo que le valió una nueva deportación a España.

Desde España pasó a París, luego a Nueva York, donde comenzó con mayor ahinco sus trabajos revolucionarios. En los Estados Unidos vivió por espacio de diez años, alternando con viajes por el resto de América, a la vez que publicaba artículos en periódicos norteamericanos. También fue cónsul de la Argentina y Paraguay y representó a Uruguay en la Primera Conferencia Monetaria Interamericana reunida en Washington, en 1891, cuyo objeto era tratar el bimetalismo.

Dijimos anteriormente que, en 1891 fundó el *Partido Revolucionario Cubano*, al mismo tiempo que el periódico *Patria*, en Nueva York. Poco después los exiliados cubanos redactaron un programa revolucionario para lograr la independencia.

Consolidado el grupo , Martí se dirigió a lograr el apoyo de dos veteranos de la guerra del 68: Máximo Gómez, a la sazón en Santo Domingo, y Antonio Maceo que se hallaba en Costa Rica. Ofreció la jefatura militar a Gómez.

Mientras, el gobierno español, dirigido por Manuel Práxedes Sagasta (liberal), comenzó a trabajar en búsqueda de reformas, concientes de que era mejor otorgar una amplia autonomía, antes de perder a Cuba. Sagasta nombró a Antonio Maura, ministro de Ultramar, quien lanzó un amplio plan de reformas para Cuba y Puerto Rico.

En manos de España estaría lo concerniente a política externa y a cuestiones militares financieras y de orden público, en tanto que las comunicaciones, la educación, salud, producción y obras públicas en manos del gobierno autónomo de Cuba.

Martí rechazó de plano estas reformas, acusando al gobierno español de preparar una trampa a los cubanos. Aunque las reformas eran realmente importantes y buenas, ellas llegaban demasiado tarde.

El 31 de enero de 1895, Martí partió de Nueva York hacia Santo Domingo, donde debía reunirse con Gómez. Una vez allí, en el pequeño puerto de Montecristi, ambos líderes lanzaron un Manifiesto, en el que prometían respetar la propiedad privada del campo y la vida de los españoles civiles, e invitaban a participar de la lucha a la gente de color.

"La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aún amado, de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisos, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía. Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio; su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos, o equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república; su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es, y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad"³.

El arresto de varios jefes revolucionarios de La Habana hicieron adelantar la fecha del alzamiento. El 1 de abril, Martí, Máximo Gómez y cuatro compañeros salieron de Santo

Domingo, al mismo tiempo que lo hacían desde Costa Rica, Antonio y José Maceo. Ambos grupos tenían como objetivo, desembarcar en Cuba para iniciar la guerra de la independencia.

En los primeros días de abril, arribaron, Martí al extremo sudeste de la isla, en tanto los Maceo desembarcaban en la playa de Duaba. A causa de que fueron perseguidos, los hermanos se vieron forzados a separarse y sólo lograron reunirse trece días después.

Casi al mismo tiempo arribaba como gobernador militar el general Arsenio Martínez Campos, enviado por Cánovas del Castillo, que había vuelto al frente del gobierno español. Fue recibido con gran entusiasmo por los españoles de la isla.

La lucha por la independencia comenzó mal para los revolucionarios. Al encontrarse, en mayo, Maceo, Máximo Gómez y Martí, no pudieron ponerse de acuerdo sobre la dirección de la guerra. Martí, decepcionado, se fue con Máximo Gómez a encontrarse con otro rebelde, el catalán-cubano, Bartolomé Masó. El 19 de mayo, el coronel español Ximénez de Sandoval, sorprendió a Gómez y en una escaramuza, en Dos Ríos, cerca de Bayamo, Martí caía muerto.

Cuba perdía así a uno de sus hijos más preclaros y la revolución al hombre que hasta entonces había logrado unir a sus compatriotas en la lucha por su libertad. Había conseguido, aunque no sin grandes dificultades, aunar los esfuerzos de la mayoría de los cubanos, dispuestos ahora a conseguir la independencia.

Desparecido Martí, la dirección de la guerra y la presidencia provisional pasó a manos de Salvador Cisneros Betancourt, aunque sólo nominalmente, pues los verdaderos jefes eran los líderes Máximo Gómez y Antonio Maceo.

A fines de año, la guerra se había extendido hasta Las Villas y Matanzas, que era lo que Martínez Campos quería evitar. Las plantaciones comenzaron a sufrir los avatares de la lucha, unas porque sus antiguos esclavos y obreros se habían

unido a los rebeldes, y otras porque eran incendiadas.

Los soldados de raza negra eran mayoría, llegando hasta un 80% de las fuerzas sublevadas. Eran expertos jinetes y acostumbrados a llevar una vida dura, resistían más estoicamente las penurias y se mostraban más fieros en la lucha. La mayoría de ellos se enrolaron en las filas de Maceo.

La guerra se tornaba más y más cruel. No era una guerra convencional, sino una guerra de guerrillas, con la crueldad lógica de este tipo de lucha. Martínez Campos estaba convencido de que para terminar con la revolución debía usar métodos muy duros, que no estaba dispuesto a aplicar. En carta a Cánovas le manifestaba en junio de 1895:

"Yo no puedo, como representante de un país civilizado, ser el primero en dar un ejemplo de... intransigencia. Debo confiar en que empiecen ellos. Podríamos concentrar en ciudades a las familias del campo, pero se necesitaría mucha fuerza para obligarles, porque en el interior ya son muy pocos los que quieren ser voluntarios [españoles]... la miseria y el hambre serían terribles... Esto aislaría al campo de las ciudades, pero no evitaría el espionaje, del que se encargarían las mujeres y los niños. Tal vez lleguemos a esto, pero sólo en última instancia, y yo creo que carezco de cualidades para llevar a cabo una política de este tipo. Entre nuestros generales, en la actualidad, sólo Weyler tiene la capacidad necesaria para este tipo de política, pues es el único que reúne la inteligencia, valor y conocimiento de la guerra necesarios"⁴.

Meses después de esta carta, Martínez Campos

renunció (16-1-1896) y fue reemplazado, precisamente por Valeriano Weyler, marqués de Tenerife. Lo primero que hizo fue reorganizar los batallones para hacerlos más eficaces, reclutó a contraguerrilleros cubanos para luchar en el campo y ordenó la concentración de la población de los pueblos situados en la zona de guerra, en fortines abastecidos por los cultivos cercanos.

Un artículo aparecido en una revista española decía lo siguiente:

"La atención grandísima que en la guerra de Cuba tiene puesta toda España, concéntrase actualmente en la provincia de Pinar del Río; allí se encuentra Maceo con numerosas fuerzas insurrectas y sobre ella acumula el general Weyler poderosos medios de combate, convencido de que la derrota del cabecilla mulato ha de ser un golpe mortal para la insurrección. Las últimas noticias de la isla recibidas, relatan algunos gloriosos triunfos de nuestros heroicos soldados, lo cual indica que pronto se emprenderán en grande escala las operaciones, para las cuales ha venido preparándose durante la época de lluvias el general en jefe y a los que se destinan buena parte de las considerables refuerzos que desde la península se han enviado a Cuba últimamente"⁵.

La guerra prosiguió con saña, durante todo el año de 1896 y 1897. las fuerzas de Maceo continuaron librando sus batallas sin dar tregua, quemando cañaverales y haciendo toda clase de de ataques que destruían la moral del enemigo, pues

no daban batalla. Reservistas y voluntarios llegaban de España para combatir la insurrección. Es interesante leer una carta de uno de ellos:

"Alea jacta est...como dice el maestro de escuela de mi pueblo, el mismo que quería hacer de mí todo un hombre, asegurándome que con la ilustración que me iba dando llegaría yo a ir muy lejos. Y no se engañaba en sus propósitos el bueno del señor Pérez García: muy lejos estoy en camino de ir: a Cuba nada menos. Eso sin perjuicio de que una vez me envíen aquellos condenados mambises -y si no son los mambises, el vómito o las fiebres- mucho más lejos todavía. En fin...¡Que le hemos de hacer! Parece que la patria necesita de mí, y no es cosa de negarse. Las cosas toman muy mal cariz por allá, y por lo visto yo puedo contribuir un poquito a arreglarlas..."⁶.

El autor de esta carta manifiesta un ánimo bastante pesimista, pero no hay duda que por sobre sus intereses personales, se impone al deber y el amor a su patria lejana, por quien está dispuesto a dejar su vida.

Intervienen los Estados Unidos

La guerra en Cuba preocupaba grandemente a los Estados Unidos. Recordemos que en Nueva York se había formado una Junta de cubanos, en apoyo de la revolución. Sus miembros comenzaron una gran campaña para lograr no sólo el envío de armas a los rebeldes, sino conseguir también la simpatía norteamericana por su gesta. Contaban con el apoyo

de dos periódicos, el New York Journal de Randolph Hearst y el World de Pulitzer, los que publicaban exageradas noticias sobre los sucesos de Cuba.

El presidente Cleveland supo resistir las presiones y mantuvo su política de neutralidad, pero el periodismo era cada vez más agresivo contra España y sobre todo contra Weyler a quien calificaban de "carnicero". Se buscaba influir sobre la opinión pública norteamericana para que el gobierno tomara cartas en el asunto.

A fines de 1896, la guerra parecía favorecer a España, pues en Mariel, morían los dos hermanos Maceo, primero José y luego Antonio, el "titán de bronce". También en ese mismo combate fue derrotado Francisco Gómez, el hijo de Máximo Gómez, quien como consecuencia de ello se quitó la vida. El occidente de Cuba se hallaba ahora, casi íntegramente en manos de los españoles. El desánimo comenzó a hacer presa de los rebeldes. Por contraste, en España el entusiasmo adquirió ribetes de triunfo, como podemos ver a través del siguiente escrito:

"La explosión de entusiasmo que produjo en toda España el resultado del combate de Punta Brava demuestra la importancia y trascendencia de aquella acción, y esta importancia a su vez legitima las felicitaciones que de todas partes se han dirigido al entonces comandante Francisco D. Cirujeda...No hemos de dar detalle de aquella batalla en que murió con otros muchos de los suyos el cabecilla Antonio Maceo; ya los ha dado la prensa de todo el mundo admirando el heroísmo de 479 hombres que formaban la columna y que a pecho descubierto lucharon con más de tres mil insurrectos perfectamente parapetados y les hicieron sufrir la más

tremenda derrota. Este hecho por sí sólo, aún prescindiendo de la trascendencia que tuvo por la muerte del famoso cabecilla, merece todos los elogios que se han dedicado a aquel puñado de héroes y a su ilustre jefe y abona todo cuanto en honra y en recompensa de los mismos se haga"⁷.

El comentario, como podemos ver, refleja todo el entusiasmo y el orgullo de España por el triunfo, hasta tal punto que exagera enormemente la diferencia numérica a favor de los cubanos, para demostrar el valor del soldado español. Recordemos que la guerra era hasta entonces, una guerra de guerrilla, donde nunca se podía encontrar tan gran número de combatientes por parte de los rebeldes.

En noviembre de 1897, Williamn Mc Kinley, republicano, triunfaba en las elecciones y alcanzaba la presidencia. Con él las cosas cambiarían muy pronto, como lo adelantaba el New York Journal, el 6 de noviembre:

"Para el nuevo presidente no hay un camino más seguro hacia la popularidad que el abandono de la fría indiferencia hacia Cuba en la que Cleveland ha comprometido a nuestro gobierno"⁸.

La prensa, en especial la de Hearst, se lanzó con mayor énfasis a buscar la forma de que los Estados Unidos entraran en la guerra contra España. Envío a dos de sus periodistas a La Habana, a fin de que desde allí le proporcionaran los elementos que le permitieran agitar a la opinión pública para poner fin a tanta "crueldad".

Por otro lado, en el nuevo gobierno ocupaban cargos de gran significado, figuras ansiosas de actuar en Cuba. Nos

referimos al Secretario Adjunto de Marina, Theodore Roosevelt, partidario de crear una marina fuerte que le permitiera llevar a cabo sus ansias imperialistas.

Era Roosevelt un gran admirador del Almirante Alfred Mahan, quien publicó en 1890 su obra "La influencia del poder político en la Historia". Sostenía que poderío naval y comercio marítimo eran inseparables e indispensables para alcanzar la prosperidad del país.

Uno de sus seguidores decía:

"...Nuestra política está escrita por el Destino... el comercio mundial debe ser nuestro. Y lo conseguiremos: nuestra Madre Inglaterra ya nos ha enseñado cómo se hace... Cubriremos el Océano con nuestra flota mercante... Alrededor de nuestros puertos comerciales surgirán grandes colonias, que se gobernarán a sí mismas, enarbolarán nuestra bandera y comerciarán con nosotros. A continuación vendrán nuestras instituciones... Y la ley americana, el orden americano, la civilización americana se implantarán en tierras hasta entonces sanguinarias e ignorantes, que se convertirán en hermosas y alegres gracias a esos enviados de Dios"⁹.

Y el senador Cabot Lodge:

"Desde el río Grande hasta el Océano Artico no debía haber más que un país y una sola bandera... En interés de nuestro comercio... deberíamos construir el canal de Nicaragua, y para proteger dicho canal y mantener nuestra supremacía en el Pacífico, deberíamos controlar

las islas Hawaii y mantener nuestra influencia en Samoa. Inglaterra ha sembrado las antillas de plazas fuertes que son una amenaza constante a nuestra navegación Atlántica. Deberíamos tener en aquellas islas al menos una fuerte estación naval y, cuando el canal de Nicaragua esté listo... Cuba será una necesidad. Los tiempos modernos tienden a la consolidación. Los estados pequeños pertenecen al pasado y no tienen porvenir..."¹⁰.

Entre tanto en España se producía un gravísimo suceso: Cánovas del Castillo moría manos de un anarquista italiano. La reina madre Cristina, llamó al liberal A. Sagasta para que encabezara el gobierno. Esto provocó la renuncia de Weyler, ya bastante jaqueado por la prensa norteamericana. Le sucedió Ramón Blanco, conocido por su carácter conciliador hacia Cuba. Además llegó con precisas instrucciones de otorgar una total autonomía para la isla.

El gobierno Autónomo de Cuba, bajo la tutela española fue presidido por el antiguo dirigente autonomista José María Gálvez, como primer ministro. La autonomía era resistida por los recalcitrantes partidarios de seguir dependiendo de España, quienes organizaron demostraciones en contra de ella. Uno de los periódicos proespañol, "El Reconcentrado" fue atacado por manifestantes, noticia ampliamente difundida en los Estados Unidos.

El matutino mendocino "Los Andes" decía a propósito de la autonomía:

"La autonomía amplia concedida por España a su perla antillana, será implantada desde hoy, cumpliéndose así una parte, la más grave, del

progama liberal.

"¿Será suficiente aquella concesión para que la isla recobre su tranquilidad y los insurrectos cubanos se sometan a la madre patria?

"Desgraciadamente los hechos niegan la posibilidad de que se realicen las esperanzas abrigadas respecto a que la autonomía fuese aceptada por los cabecillas de prestigio como segura prenda de paz.

"La insurrección de Cuba sólo terminará a fuerza de sangre.

"El fusilamiento del coronel Ruiz (español a manos del coronel cubano Aranguren, por orden de Máximo Gómez) indica muy a las claras la norma de conducta que se proponen seguir los que ansían la independencia de la isla, y serán inútiles los medios de atracción aunque se derramen libertades y concesiones"¹¹.

Tenía razón el periódico. Las medidas tomadas por España llegaban demasiado tarde. En los campos de concentración, el hacinamiento y las malas condiciones, así como la fiebre amarilla hacían estragos entre la población. Los cubanos culpaban de todo ello, como era lógico, a la península. Ahora sólo la independencia total podría poner fin a las hostilidades.

La prensa norteamericana explotaba hábilmente tal situación. Grupos de anexionistas tanto en los Estados Unidos como en Cuba, tenían especial interés en que sus fuerzas intervinieran para anexas la isla.

El diario "La Nación", de Buenos Aires publicaba lo siguiente, el 19 de enero :

"Madrid, 8. Hoy se han publicado en esta capital

varios telegramas de Nueva York, en que se anuncia que el general Fitzhugh Lee, cónsul general de Estados Unidos en Cuba, acompañará al general Blanco a las provincias del Oriente.

"El gobierno dice que ignora el fundamento de este rumor. Niega también el gobierno que el general Woodford, ministro de Estados Unidos le haya dirigido una nota en que lo apremia para que ponga término a la guerra de Cuba.

"The World de Nueva York, anunció ayer que Sagasta había pedido al gobierno norteamericano interviniese en la guerra de Cuba para hacerla cesar.

"Esa invención del diario norteamericano fue transmitida anoche a esta ciudad por telégrafo, y ha causado general indignación"¹².

En este estado cosas, cualquier cosa podría servir de pretexto para que estallara la guerra entre España y los Estados Unidos. En ese momento, el gobierno de Mc Kinley solicitó al de Madrid, permiso para que el acorazado *Maine* fuera a La Habana en visita de cortesía, cosa a la que accedieron los españoles. Por contrapartida una nave española *El Vizcaya* iría a Nueva York.

La visita del acorazado obedecía a que los norteamericanos, incitados por los informes que el general Fitzhugh Lee había enviado con motivo de los incidentes ocurridos en La Habana, cuando fue atacado e "El Reconcentrado". Así, pues, dicha nave tenía como última misión, proteger las vidas y bienes de los ciudadanos estadounidenses, supuestamente en peligro. La prensa inglesa decía otra cosa:

"Londres, 25: El *Morning Post* (...) dice que el envío del crucero acorazado *Maine* a La Habana, fue resuelto ayer en una junta celebrada por el presidente Mc Kinley, el Secretario de Marina Long, el Subsecretario de Estado Day, y el general Nelson A. Miles, comandante en jefe del ejército norteamericano. Los órganos oficiosos del gobierno de Washington alegan como motivo de esta decisión, la llegada de dos buques de guerra alemanes a La Habana. Dice el mismo corresponsal que el general F. Lee, cónsul general de los Estados Unidos en La Habana comunicó ayer a su gobierno que se halla personalmente en completa seguridad pero que los norteamericanos residentes en esa ciudad están inquietos..."¹³.

La situación se tornaba inquietante entre ambas naciones. Lamentablemente, el 9 de febrero, una carta personal del ministro español en Washington, Dupuy de Lôme, al editor de *El Heraldo* de Madrid, Canalejas, quien se hallaba en Nueva York, provocó una repulsa general de la opinión pública norteamericana. Esta carta le fue entregada por el secretario de Canalejas, que simpatizaba con los rebeldes cubanos, a los miembros de la Junta cubana de Nueva York. Estos a su vez la entregaron al *Journal* que la publicó. Entre otros conceptos decía:

"... el mensaje [de Mc Kinley al Congreso] muestra una vez más a Mc Kinley como lo que es, débil y populachero y además un politicastro que quiere mantenerse abiertas todas las alternativas y quedar bien con los patrioteros de su partido..."¹⁴.

Aunque Dupuy de Lôme renunció antes de que el gobierno norteamericano tomara decisión alguna con respecto a él, la suerte parecía ya echada. Y la chispa estalló en la noche del 15 de febrero de 1898, cuando una violenta explosión destruyó al *Maine*, llevándose con él la vida de 266 marinos norteamericanos. ¿Cómo ocurrió semejante catástrofe? Leamos lo que decía La Nación:

"(...) En cuanto a la causa de la explosión, aunque desconocida todavía, nadie duda de que ha sido puramente casual. El cónsul Lee dijo en los primeros momentos que sabía que ayer habían estado limpiando torpedos a bordo, y se inclinaba a encontrar en esa operación el origen del siniestro. Otra versión es que la máquina de luz eléctrica estalló y produjo la explosión del algodón pólvora, depositado no lejos de los aparatos de electricidad. Los marineros que estaban de centinelas a bordo a la hora de la catástrofe declaran que nada vieron de sospechoso en el exterior del buque(...)"¹⁵.

Como vemos, se hablaba de algo fortuito. Aún en los Estados Unidos, la mayor parte de los diarios, salvo excepciones como el *Evening Journal* de Nueva York, creían que había sido un accidente, y aún los miembros de la Junta Revolucionaria Cubana, declararon a los reporteros que en su concepto no había habido intervención criminal en el asunto.

Muy interesante resulta el editorial de La Nación que reflexionaba así:

"la atención del mundo estaba fija desde hace tiempo en ese proceso que España y los Estados Unidos sostienen a propósito de la cuestión de

Cuba, viéndose oscilar con ansiedad los motivos que deciden de la paz o la guerra. La visita de un crucero americano a La Habana pareció de pronto hacer inclinar la balanza en el sentido de un desenlace bélico.

"El nombre del *Maine* corrió por el mundo como un presagio funesto. Predominó, sin embargo, la razón, y las fórmulas diplomáticas se encargaron de transformar en una prueba de amistad lo que en su origen apareció como una provocación audaz.

"No bien terminado este incidente, prodúcese el motivado por la carta del señor Dupuy de Lôme, y otra vez pareció que la tirantez de relaciones acabaría en un estallido (...)la calma empezaba a renacer, cuando he aquí que un hecho casual y formidable viene a poner los ánimos en suspenso, por la magnitud del desastre en sí mismo y por las consecuencias que podría acarrear.

"La voladura del *Maine* tiene que ser un hecho fortuito; nadie lo pondría en duda pensándolo sin apasionamiento; pero se ha producido en un momento tan crítico que es legítimo el temor de que pueda acarrear consecuencias deplorables para el mantenimiento de la paz (...).La conducta que el pueblo español ha observado ante el desastre ocurrido al adversario, abona sus tradiciones caballerescas, y los Estados Unidos procediendo con la firmeza y la calma que la gravedad de las circunstancias imponen, demuestra que su temple moral es digna de su talla hercúlea. Apenas disipada la primera impresión causada por el terrible siniestro, ya

puede inducirse que su producción no influirá en el desarrollo lógico de los acontecimientos.

"Haciendo votos porque así suceda para bien de los grandes pueblos, enviamos a la patria de Washington el apretón de manos que se da a los fuertes cuando la fatalidad les asesta en pleno pecho uno de sus golpes formidables"¹⁶.

Durante años se discutió sobre las causas de la explosión sin ponerse de acuerdo. Pero parece a todas luces descabellado que las fuerzas españolas lo hubiesen hecho, cuando esto significaba el pretexto que los Estados Unidos necesitaban para entrar en la lucha, cosa que España trataba por todos los medios, de impedir.

No debemos olvidar tampoco que en los Estados Unidos había un fuerte grupo "jingoísta" que a toda costa quería la guerra con España. Theodore Roosevelt, conocido por su agresiva política hacia Hispanoamérica había escrito, en diciembre del año anterior que:

"No creo que la autonomía pueda pacificar a Cuba y deseo ardientemente que los hechos se desarrollen de tal forma que debamos intervenir en un futuro no lejano"¹⁷.

Se supo, por otro lado, que el *Maine* llevaba una carga excesiva de pólvora para sus cañones y esto provocaba a menudo explosiones que destruían los barcos. Sea lo que fuere, la explosión provocó una verdadera andanada de artículos periodísticos que clamaban por justicia en los Estados Unidos y criticaban a Mc Kinley por su debilidad en declarar de inmediato la guerra.

El 24 de febrero, el diario "Los Andes", publicaba lo siguiente:

"El presidente Mc Kinley ha hecho pública una explicación que era necesaria para que el país conciese el pensamiento oficial y sirviese de calmante a la excitación de los espíritus. Dice la palabra del Jefe supremo americano: "Fundándose en información que ha recibido de Cuba, el presidente Mc Kinley cree que la pérdida del crucero **Maine** se debe a un accidente, y tiene la esperanza de que la investigación oficial confirme esta creencia. En caso de que así no fuere, el presidente adoptará decisivas medidas acordes con la gravedad del atentado"¹⁸.

El prestigioso matutino porteño "La Nación", comentaba el día 28, la propaganda belicosa del *New York Herald*:

"El *New York Herald* continúa con el tesón de siempre(...) la campaña emprendida contra el gobierno de su país con el objeto, según parece, de inducirlo a una intromisión más resuelta y decisiva en la cuestión cubana, pero no para favorecer la independencia de la isla, sino para apoderarse de ella y anexarla a la Unión.

"En el mismo diario, el día 27, en su página principal decía: ¿Por qué propósito estamos luchando? Si es por Cuba para nosotros, al right; pero si es por una república para Gómez y su círculo, no debemos hacerlo. O Cuba para los Estados Unidos, o dejemos las cosas como están... Cuba libre significa otra república negra. No necesitamos una tan próxima. Haití está aún demasiado cerca. Si alguna intervención ha de haber por nuestra parte, Cuba debe ser y será un

estado soberano dentro de nuestra federación y bajo nuestra bandera. La idea de Gómez, de otra república, no puede ser alentada"¹⁹.

¿Podría esperarse otra cosa que la guerra, cuando la opinión pública norteamericana se hallaba en tal grado de excitación atizada por la prensa amarilla?

Algunos funcionarios, al principio, parecían dispuestos a actuar con cordura y trataron de calmar los ánimos. Tal el caso del mismo Cónsul Lee, el mismo que antes había informado de los incidentes de La Habana, quien llegó a decir "espero que en nuestro pueblo se reprimirá la excitación y con calma esperará una decisión".

Otros norteamericanos que se oponían a la guerra lo hacían de manera agravante tanto para España como para Cuba. Así lo hacía el editor de Kansas William A. White que decía:

"Entre Cuba y España hay poca elección. Los dos populachos son de piernas amarillas y comedores de ajos, hincadores de puñal, gentes traicioneras- una mezcla de guineanos, indios y latinos- Un populacho es tan malo como el otro. Es de locos gastar la buena sangre sajona en esta clase de gusanos...Cuba es como una mujer que permite que su marido la golpee por segunda vez- no debería tener simpatía alguna"²⁰.

Mc Kinley parecía querer evitar la guerra y hasta ofreció a la reina María Cristina el pago de 300 millones de dólares por Cuba. Tampoco los españoles querían la guerra, pero la situación política allí hacía difícil que se aceptara la pérdida de la isla tan fácilmente.

En los Estados Unidos, Roosevelt escribía:

"...personalmente no puedo entender cómo la mayor parte de nuestro pueblo puede tolerar la horrible infamia a que ha llegado en los dos últimos años el dominio español en Cuba, y más aún, cómo puede tolerar la traicionera destrucción del *Maine*. Yo lo siento tan profundamente que sólo puedo controlarme con gran dificultad"²¹.

A propósito de estas palabras de Roosevelt, "La Nación" consignaba comentarios del Times de Londres que decía textualmente:

"El Times publica un telegrama de su corresponsal en Nueva York que dice que la comisión técnica no sabe nada aún acerca de las causas de la explosión del *Maine*, y volverá pronto a La Habana a observar los trabajos de los buzos. Mr. Lee, arquitecto naval, ha dirigido una carta a un ingeniero norteamericano, en la que dice que tal vez el casco del *Maine* no sea puesto a flote, a pesar de ser fácil la obra, porque hay razones políticas que hacen desear que el buque quede en el fondo del mar"²².

Nos preguntamos cuáles serían esas razones ¿Tal vez la comprobación de que la explosión no se debía a un atentado español?

En ese momento, 3 de abril, el Vaticano intervino como mediador y ante esto España aceptó todas las exigencias de los Estados Unidos para no ir a la guerra: armisticio inmediato, retiro de las órdenes de concentración, sometimiento de un

arbitraje para determinar lo ocurrido con el *Maine*, autonomía total de Cuba. Pero los Estados Unidos exigían independencia de la isla, lo que era ya demasiado humillante para España agravada porque los norteamericanos no tenían derecho a exigirle tal cosa.

El 11 de abril Mc Kinley pidió al Congreso autorización para emplear la fuerza para terminar con el dominio español en América. Pese a cierta oposición que encontró en la Casa de Representantes, la guerra entre las dos naciones empezó el 25 de ese mes.

La "espléndida pequeña guerra" como se la llamó en los Estados Unidos, comenzó en Manila, Filipinas, donde la flota norteamericana al mando del almirante Dewey destrozó a la flota española sin perder un sólo hombre.

En Cuba diecisiete mil soldados americanos desembarcaron al este de Santiago de Cuba, pues su misión era apoderarse de puntos claves, en tanto los insurrectos seguían debilitando al ejército español, con ataques guerrilleros. Transcurrió todo el mes de junio y el 3 de julio, la flota del almirante Cervera era destruída frente a Santiago de Cuba.

La guerra había sido corta y desastrosa para España. La derrota en el Pacífico y la conquista de Puerto Rico mostró que ya poco quedaba del antiguo y orgulloso imperio español. El 11 de agosto España aceptó las condiciones impuestas por los Estados Unidos, y cuatro días después, se rendía Manila y culminaba la conquista de Puerto Rico.

El diario Los Andes comentaba el fin de la guerra:

"Las colonias hispanas, cuyas fértiles campiñas cubriéronse de cadáveres destrozados por la metralla y cuyas aguas verdosas tornáronse purpurinas durante los últimos combates navales, en que vencidos y vencedores rivalizaron en

valor y heroicidad, halláanse ahora en vísperas de recobrar su primitivo aspecto de lujuriosa vegetación, rebalsando en los centros de la actividad mercantil los tesoros inagotables de sus ricas producciones. Convencidos los hombres de gobierno de España de la necesidad de poner término a las críticas circunstancias porque atraviesa la madre patria, se han entregado de lleno a las negociaciones de paz, cuyos términos definitivos serán conocidos en breve..."²³.

No bien terminaron las hostilidades comenzaron los resquemores entre norteamericanos y cubanos. Por de pronto, la rendición de España fue ante los norteamericanos y no ante los insurgentes, que fueron totalmente ignorados. Para colmo, el general William R. Shafter trató descortésmente a Calixto García y no le permitió participar en la ceremonia de rendición de Santiago de Cuba.

Se cumplía así lo que el general Blanco había dicho en carta a Máximo Gómez en los últimos días de junio, invitando a los cubanos a la unión con los españoles:

"Los españoles y cubanos deben unirse frente al extranjero de diferente raza y de tendencias naturalmente absorbentes, cuyas intenciones no son sólo despojar al pueblo español de sus derechos al suelo de Cuba, sino también de exterminar a los cubanos, para lo cual han establecido el bloqueo con ese único objeto"²⁴.

La prensa norteamericana que hasta unos meses antes elogiaba al sufrido y valeroso pueblo cubano, ahora se refería a él como ignorante y desagradecido que no sabía reconocer

los sacrificios de los soldados norteamericanos.

Los cubanos decepcionados, ahora se preguntaban si no habían hecho otra cosa que cambiar de amo. Por de pronto, hasta que se arribara a la firma de la paz, el gobierno de la isla seguía en manos de España, en tanto que el ejército norteamericano continuaba ocupando Cuba.

En octubre, desde Omaha, Nebraska, el presidente Mc Kinley que se hallaba allí de visita pronunció el siguiente discurso:

"Hasta ahora, tanto en la paz como en la guerra, con el ensanche de nuestros territorios, nuestras leyes no han sufrido grandes variaciones; nosotros hemos aplicado siempre estrictamente el espíritu de nuestra constitución, manteniéndolo y expresándolo con nobles sacrificios. Con la sagacidad de nuestros antecesores, nosotros hemos evitado siempre toda tentación de conquista que obedeciera a un propósito de lucro; no hemos ido nunca a la guerra sin haber agotado antes, todos los medios de mantener la paz. Nosotros no hemos sido nunca un pueblo guerrero, el gobierno ha sido siempre pacífico, pero hemos sido tan especialmente favorecidos, que hemos logrado satisfacer el deseo nacional y las aspiraciones populares"²⁵.

Tales expresiones no condicen con las exigencias para firmar la paz en París, la que se concretó el 10 de diciembre: Cuba obtenía su independencia, pero los Estados Unidos adquirían la isla de Guam las Filipinas y Puerto Rico.

Tampoco tenían nada que ver con las esperanzas de los cubanos, cuyo máximo líder, Máximo Gómez había respondido

al general Blanco:

"Nosotros luchamos por el principio americano de Washington y Bolívar. España ha sido hasta el presente una nación malévola: los Estados Unidos tratan de llenar respecto de Cuba un deber de humanidad y civilización.

"Yo sólo tengo admiración para los Estados Unidos. He escrito al presidente Mc Kinley y al general Miles dándole las gracias por la intervención norteamericana"²⁶.

Debemos aclarar que había ciudadanos norteamericanos que se opusieron a la guerra y criticaban la intervención de su país en la misma. Entre esos se hallaban los políticos socialistas, como Agernon Lee, quien escribió cuando se declaró la guerra:

"Este es el verdadero motivo de la guerra. Y comprendamos claramente lo que la frase significa."la protección de los intereses norteamericanos" no significa la protección de los norteamericanos que aran, siembran y cosechan, que recogen algodón, que cavan el carbón y el hierro, que muelen el trigo, que tejen las telas, que construyen las casas y edificios. Significa la protección de los intereses de aquellos que explotan a los granjeros y obreros, la clase capitalista que vive con el sudor del trabajo de otros hombres"²⁷.

También los hubo aquellos que sin criticar la guerra reconocían que detrás de ella había otras connotaciones y que no eran las humanitarias que pregonaban los diarios. Ejemplo

de ello era Frederick Emory, jefe de comercio exterior del Departamento de Comercio y que escribía en el *World's Work*, en enero de 1902:

"Subyaciendo el sentimiento popular, que puede haberse evaporado con el tiempo, que forzó a los Estados Unidos a tomar las armas contra el dominio español en Cuba, estaban nuestras relaciones económicas con las Indias Occidentales y las repúblicas de América del Sur. Este instinto comercial era tan fuerte que si no hubiera habido causa emocional, tal como las alegadas enormidades del dominio español, o la destrucción del *Maine*, habríamos sin duda, dado pasos a fin de cuentas para abatir con mano fuerte lo que era una molestia económica...La Guerra Hispano-Americana no fue sino un incidente de un movimiento general de expansión, que tuvo su raíz en el cambio de entorno de una capacidad industrial más allá de nuestras capacidades interiores de consumo. Se veía que nos era necesario no sólo encontrar compradores extranjeros para nuestra producción, sino poner los medios de acceso a los mercados extranjeros de manera fácil, económica y sin riesgo"²⁸.

El 1 de enero de 1899 se producía la retirada de los ejércitos españoles de la isla. El general John Brooke fue nombrado gobernador militar de Cuba, quien gobernaría hasta que los cubanos hubieran establecido un gobierno lo suficientemente fuerte y estable como para asegurar la paz y la seguridad.

El día de la entrega oficial del gobierno, los cubanos

sufrieron otra humillación al no permitirse que el ejército cubano participara de la ceremonia realizada en La Habana. Tampoco pudo hacerlo su jefe Máximo Gómez, que se sintió profundamente ofendido.

Si bien en el gobierno de Brooke participaron civiles cubanos, estos vieron que sólo lo hacían para llenar las apariencias. Es que el gobierno fue estructurado de modo que había dos brazos, el civil y el militar, siendo el gobernador militar el que manejaba los dos con los máximos poderes.

Las elecciones convocadas para elegir el primer gobierno cubano dieron el triunfo a Estrada Palma, pero las humillaciones no habían terminado. Cuando los cubanos se dieron su Carta Magna, la Enmienda Platt daba al traste con las aspiraciones del pueblo cubano, que vió dolorosamente, como su independencia, se hallaba cercenada, pues los Estados Unidos podían intervenir cuando lo considerase necesario.

Conclusión

La guerra de Cuba por su independencia terminaba luego de tres años, en los que ambas partes, españoles y cubanos dieron muestras de heroísmo y decisión de llevar las cosas hasta el fin. ¿Qué hubiera pasado o cuánto hubiera durado tal guerra si no hubieran intervenido los Estados Unidos? Preguntas que no pueden ser respondidas, pero sin duda la duración de la guerra se hubiera extendido por más tiempo, pues los patriotas cubanos no ofrecían batallas frontales, sino ataques guerrilleros que insumen mucho mayor tiempo y que desgastan a los ejércitos regulares.

A través de los documentos y comentarios periodísticos, queda muy claro, que los Estados Unidos estaban dispuestos a intervenir para arrebatar Cuba a España. Su

deseo, era la anexión, la que por diversas razones no pudo concretarse, pero se la arregló para ejercer sobre ella un tutelaje que le permitió intervenir cuando lo creyó necesario.

La Enmienda Platt que fue impuesta a los cubanos en 1901 y que si bien aparece como obra del senador por Connecticut, Orville Platt, no era más que fiel reflejo del pensamiento del Secretario de Estado Elihu Root. La misma se mantuvo hasta la llegada de Franklin D. Roosevelt.

La prensa norteamericana jugó un papel fundamental en la intervención norteamericana en los asuntos cubanos, cosa que los periódicos locales, Los Andes, de Mendoza y La Nación, de Buenos Aires, reflejaban perfectamente a través de las noticias que publicaban diariamente.

Ambos matutinos no sólo publicaban las noticias que de todo el mundo occidental se recibían sobre los sucesos de Cuba, sino que a la vez emitían sus propias opiniones acerca de un asunto que interesaba muchísimo, puesto que se trataba de algo concerniente a un país hermano.

Todo ello nos demuestra cuáles eran las verdaderas razones de la intervención norteamericana en Cuba y que le abrieran las puertas para futuras intervenciones en el Caribe. No olvidemos que la intervención en Cuba fue el prelude de futuras acciones sobre los países hispanoamericanos situados al sur del río Grande. Muy poco tiempo después será Colombia la que sufrirá el cercenamiento de su territorio para la construcción del canal de Panamá. Y no tardarán Nicaragua y Santo Domingo en experimentar la política del "gran garrote" que esgrimirá el impetuoso T. Roosevelt.

NOTAS

1 Citado por THOMAS, Hugh: *La lucha por la libertad. 1762-1909*. Barcelona, Grijalbo, 1978. T. I. pág. 325.

2 THOMAS, Hugh: ob. cit. T. I, pág. 325.

3 *Martí y la primera revolución cubana*. Biblioteca fundamental del hombre moderno. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.

4 THOMAS, Hugh: ob. cit. T. I, pág. 419.

5 *La Ilustración Artística*. Barcelona, 19 de octubre de 1896. Año XV, N° 773, pág. 714.

6 *La Ilustración Artística*. Barcelona. Año XV, N° 736, p. 115-116.

7 *La Ilustración Artística*. Año XV, N° 782. p. 858.

8 THOMAS, Hugh: ob. cit. T. I, pág. 440.

9 *Palabras del senador Beveridge*. Cit. por THOMAS: ob. cit. T. I, pág. 409.

10 MORISON Y COMMAGER: *Historia de los Estados Unidos*, p. 588.

11 *Los Andes*, 1 de enero de 1898, pág. 2, col. 3.

12 *La Nación*. Domingo 9 de enero de 1898, pág. 4, col. 1.

13 *La Nación*, martes 25 de enero de 1898, pág. 4 col. 1.

14 THOMAS, h.: ob. cit. T. I, pág. 4471.

15 *La Nación*, jueves 17 de febrero de 1898, pág. 4, col. 1-2.

- 16 *La Nación*, jueves 17 de febrero de 1898, pág. 4, col. 6-7.
- 17 *Carta de T. Roosevelt a William Astor Chanler*. Citado por THOMAS, H.: ob. cit. T. I, pág. 475.
- 18 *Los Andes*, 24 de febrero de 1898, pág. 2, col. 5.
- 19 *La Nación*, lunes 28 de febrero de 1898, pág. 4, col. 1.
- 20 NUGENT, Walter T.: *The tolerant populists: Kansas Populism and Nativism*. Cit. por FONER, Philip: *La guerra Hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*. Madrid, Akal Editor, 1975.
- 21 Cit. por THOMAS: ob. cit. T. I, pág. 485.
- 22 *La Nación* 1 de abril de 1898, pág. 4, col. 1.
- 23 *Los Andes*, 9 de agosto de 1898, pág. 2, col. 2-3.
- 24 *Los Andes*, 1 de julio de 1898, pág. 2 col. 7.
- 25 *Los Andes*, domingo 16 de octubre de 1898, pág. 3, col. 3.
- 26 *Los Andes*, 1 de julio de 1898, pág. 2, col. 7.
- 27 FONER, P. : ob. cit. T. I, pág. 358.
- 28 FONER, P.: ob. cit. T. I, pág. 359.

Obras citadas

BECK, Earl R. *El gobierno de Martínez Campos en 1879: la última chance española en Cuba.* En HAHR. Vol. 56, Nº 2, Mayo de 1976, p. 268-289.

BERRIO, Raúl Martín. 1898. *Intervencionismo militar de los Estados Unidos sobre Puerto Rico y Cuba.*

FONER, Philip. *La guerra Hispano-cubano- americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano.* Madrid, Akal Editor, 1975. 2 tomos.

IBARGUREN, Carlos. *De Monroe a la buena vecindad.* Buenos Aires, Dictio, 1976.

MARTI, José. *Martí y la primera revolución cubana.* Biblioteca fundamental del hombre moderno. Buenos Aires, Centro Editor de A. Latina, 1971.

MORISON, COMMAGER Y LEUCHTENBURG. *Breve Historia de los Estados Unidos.* México, FCE, 1995.

THOMAS, Hugh. *Cuba. La lucha por la libertad 1762-1909.* Barcelona, Grijalbo, 1976. 3 tomos.